

Por varias ocupaciones que tuve, no me fué posible hacer la autopsia de este sujeto el dia siguiente de su muerte. El 19, el cadáver del desgraciado Riquelme descansaba en el Cementerio. La única esperanza que tuviera (la de no haber habido viaje esa noche) se habia desvanecido.

7. *Abcesos del hígado abierto en la vena porta.*

Esta terminacion es siempre mortal.

Si he querido ocuparme de ella, dándole una colocacion en este trabajo, no ha sido, por cierto, por una vanidosa pretension, sino con el objeto de mencionar un caso que se encuentra consignado en mis apuntes de observaciones clínicas, en el modo i forma que voi a transcribirlo.—Hé aquí esas líneas:

“*Abceso del lóbulo de spigelio abierto en la vena porta.* Hé aquí un caso bastante curioso de que me ha hablado el señor Donoso (ahora médico de Talca), observado el año de 1858, en una de las salas del hospital de San-Juan de Dios, que están a cargo de nuestro mui digno profesor, doctor don Juan Miquel.

“Ignoro completamente los síntomas con que se presentó la afeccion durante la vida; pero lo que produjo la muerte, fué una hematonosis sostenida, aguda i rebelde, que pronto concluyó con la vida del paciente.

“La autopsia dió a conocer un abceso del lóbulo de spigelio, al que se adheria una parte del duodeno i de la vena porta; de modo que la coleccion purulenta se abria en la vena i se comunicaba con el duodeno, “produciendo asi la hematonosis.”

Tal es, señores, el trabajo que me he atrevido a presentaros hoi. Bien conozco que él está lleno de vacios i de defectos; pero tambien, estad seguros, que no será mi última palabra en estas tan graves e importantes afecciones. Espero que una práctica mas larga, suministrándome una mayor copia de datos i de observaciones, me obligará a ocuparme con mas detencion del estudio de las afecciones hepáticas.

HISTORIA DE CHILE.—*Biografía de Pedro Valdivia, escrita por el finado miembro de la Facultad de Humanidades don Juan Bello.*

Con una espada i capa solamente
Ayudado de industria que tenta.

(Alonso de Ercilla.)

En Villanueva de la Serena, provincia de Extremadura, nació don Pedro de Valdivia. Ha llegado a asegurarse que fué hijo de padres nobles (1);

(1) Gay cree que Valdivia fué hijo de padres nobles; pero el historiador Pérez García opina que fué un hidalgueto de pobre cuna.

mas es esta una asercion enteramente dudosa. Muchos de los que nos han referido las hazañas de este preclaro caudillo, como para hacerlas mas verosímiles, han querido supónerle vástago de una alta projenie. Empero, cualquier hidalgo, sin ilustre abolengo, aun de aquellos, que, segun el lenguaje expresivo de la época, solo llevaban una capa raída al hombro i una espada al cinto, demasiado podia en aquel tiempo inmortalizar su nombre. ¿Acaso la alcurnia de los españoles de entónces no se estimaba todavía *por las proezas de que eran padres, mejor que por los padres de que eran hijos*? I sobre todo ¿a qué fin forjarle a nadie un linaje ilustre? Cuanto mas oscuro haya sido el orijen de Valdivia, tanto mas suya i preciosa será la gloria que sus hechos le merezcan.

Desde su adolescencia se dedicó a la carrera de las armas. En las guerras de Italia, bajo los auspicios del bravo jeneral de Carlos V, don Antonio de Leiva, le cupo estrenar su espada. Era ese tiempo en que la España tenia lleno de asombro al mundo por sus espléndidos triunfos, arrancados solo a fuerza de denuedo i heroismo. Alentada por el suceso de su cruzada doméstica, i viéndose al fin consolidada, comenzaba a inquietar a esta nacion un proyecto verdaderamente jigantesco, cual era el de dilatar los terminos de su dominacion i abarcar el imperio de los dos mundos. Toda Europa era testigo de que no consumia a pura pérdida sus esfuerzos; era dueño ya de Nápoles, habia conseguido abatir a su orgullosa rival en la persona de Francisco I, i estaba finalmente a punto de dar cima a la conquista de América. Sus banderas se paseaban vencedoras por todas partes, i esto que recien la gobernaba Carlos V, a cuya exaltacion se hallaba "enflaquecido el reino, desmandada la nobleza, esquilados los pueblos, i puestos en la punta de las espadas los títulos al trono." ¿Cómo no habian de ser en ese tiempo héroes los hijos de esta nacion? ¿Qué mucho que un hidalgo tuviese a menzua morir sin haber probado ántes su intrepidez i eternizado su memoria por alguna accion insigne?

Cuando Valdivia volvió a su patria vencedor de las desastrosas guerras de Italia, no pudo sufrir mucho tiempo la vida estéril i apacible que llevaba al lado de su consorte, doña Marina Ortiz de Gaete. En la flor de sus años, henchido de ambicion i de entusiasmo, i habiendo ya consagrado a su rei con tan buen éxito las primicias de su ardimiento, ansiaba nuevos peligros para segar mas laureles. La conquista de América le brindaba una excelente oportunidad. Partió, pues, a ella, abandonándolo todo.

Al poco tiempo de haber arribado a Panamá se le presentó ocasion de partir al Perú, formando parte de una de las muchas expediciones que sucesivamente se enviaban de aquellas colonias con el objeto de explorar nuevas tierras o de conquistar las ya descubiertas (2). Panamá era entónces la

(2) Fué al Perú en el socorro que envió a Pizarro el marques del Valle (Hernán Cortez), con motivo de una sublevacion jeneral de los indios de aquella tierra—(1534)—(Pérez García.)

puerta por que habia de pasarse para venir a esta porcion de la América; era el único lugar en que los españoles habian logrado echar las bases de una colonia un poco estable. Servia a la sazón de cuartel jeneral a los conquistadores; a él acudian en caso de una derrota de sus tercios, o de habérseles agotado las municiones i víveres, para salir de allí a poco a una nueva descubierta mejor pertrechados. A no haber existido este arsenal tan a la mano, i en un paraje de acceso tan difícil para los indios, Pizarro i Almagro no hubieran seguramente efectuado su empresa. ¡Cuántas veces se vieron en sus difíciles jornadas a dos dedos de su pérdida, i hallaron en Panamá no solo un albergue seguro, sino medios de proseguir en sus conatos.

Hacia la época en que Valdivia principió a hacerse notable, estaba el Perú enteramente conquistado. Lo gobernaba Pizarro, pero sin serle aun posible poner término a las crudas disensiones en que lo tenian envuelto las depredaciones e inhumanidades de sus compañeros de armas.

Desde largo tiempo habia excitado la codicia de los de aquella tierra la posesion del reino de Chile; su fama de estenso, de poblado, de fértil en frutos, de rico en oro i plata, hasta allá habia ya cundido. El décimo rei, Inca Yupanqui, fué el primero que osó acometer su conquista. Hizo al efecto una leva de 50,000 hombres; pasó con ellos hasta Atacama; destacó desde allí una division de 10,000 al mando del valiente Sinchicura. Esta, despues de haber atravesado a duras penas el dilatado desierto de Atacama, penetró al fin en el valle de Copiapó; desde donde, rechazando a viva fuerza la resistencia que le oponian los indíjenas, consiguió avanzar hasta las márgenes del Maule. Los feroces indios de Promaucas le estorbaron aquí el paso. Trabó con ellos una encarnizada contienda, que duró tres dias, pero que quedó indecisa; i vióse al cabo obligado a echar pié atras i a volverse para aconsejar al Inca desistiese de la empresa.

En 1535, el valeroso Almagro, que habia ya partido con Pizarro la gloria de la conquista del Perú, se abalanzó tambien a la de Chile con 500 de sus mas bravos i antiguos conmlitones i 15,000 peruanos. Llegó hasta Rio-Claro, en cuyo lugar tuvo tambien ocasion de probar el denuedo de esos mismos indios de Promaucas, que habian ahuyentado a los primeros invasores. Esto, el no parecerles bien a sus soldados, ávidos de riqueza mas que de honra, una tierra que no hallaron, como creian, cuajada de oro, i la noticia que tuvo de haberse revelado los indios del Perú, decidieron al desventurado Almagro a volverse sin haber podido dejar en Chile un solo establecimiento.

Con su llegada al Perú comenzó la sangrienta guerra civil que hubo de costar tantas preciosas vidas a los españoles. Desde que en virtud del acuerdo que personalmente celebró el conquistador Pizarro con Carlos V, le otórgara el monarca la gobernacion del Perú, i a Almagro solo el vano título de Adelantado, abrigaba éste designios vengativos contra el que pérta

damente habia sabido darse trazas para hacerse adjudicar todo el precio de una conquista en que ambos habian tenido casi igual parte. Devoró al principio en silencio su justo resentimiento; i solo cuando, despues de haber explorado inútilmente nueva rejiones, se convenció de que nada podria jamas indemnizarle de los perjuicios que una perfidia le habia irrogado, apeló a medios violentos para vengar su ultraje i hacerse justicia. Ocupó de improviso la ciudad del Cuzco, intimando a los hermanos de Pizarro que se hallaban actualmente establecidos en ella, que al punto la evacuasen, ellos i todos los suyos; i como éstos se resistiesen i manifestasen no hacer el menor caso de las reiteradas amenazas de Almagro, resolvieron ambas partes encomendar a las armas la decision de la controversia. Despues de algunos combates de poco momento, en los cuales fué Almagro alternativamente vencedor i vencido, no se habia aun arribado a un resultado definitivo, hasta que en la sangrienta i famosa batalla de las Salinas, dirimióse la cuestion de un modo perentorio.

Valdivia, que habia ya ascendido hasta el grado de Maestre de Campo de Pizarro, mandó en esta funcion de armas la infantería; i no era por cierto la primera en que el héroe futuro de Arauco lucía su intrepidez i pericia militar. Merced esta vez a su bravura i a sus acertadas combinaciones estratégicas, consiguió Pizarro salir triunfante del combate mas reñido de cuantos habia empeñado en el Perú.—Aunque duró solo dos horas, alcanzaron a morir mas de doscientos de una i otra parte.—En el mismo campo de batalla, i poco despues de fenecida, prometió Pizarro a Valdivia premiar su valor i habilidad nombrándole Gobernador i Capitan jeneral del reino de Chile, i autorizándole plenamente para su conquista.

Anteriormente habia Valdivia solicitado muchas veces de Pizarro lo propio que ahora solo le prometia. Pero el conquistador no habia querido resolverse a permitir que el mas hábil de sus capitanes viniese a arriesgar su vida, i quién sabe la de cuantos mas? en una empresa que consideraba irrealizable, desde que tuvo noticia de la decepcion que habia sufrido Almagro, o a lo ménos como de un éxito mui eventual i precario. Solo en fuerza de haber obligado Valdivia su agradecimiento por el servicio que acababa de prestarle, tuvo que venir en ello no mui de su grado.

No pasó mucho tiempo sin que se efectuase su nombramiento; i a pesar de que Pizarro llegó a saber que el rei habia concedido facultades ámplias a un tal Pedro Sanchez de la Hoz para conquistar el mismo territorio, cuya gobernacion iba a asignar a Valdivia, no dejó por esto de verificar su promesa, tan persuadido estaba de que solo en su Maestre de Campo no hallaria "la imprudencia que temer, ni el acierto que desear," contentándose, por mero respeto a la voluntad de su soberano, con asociarle el de la Hoz.

Llegado el dia de publicarse en el Cuzco la proyectada jornada, se hizo al son de caja; enarbolóse bandera de recluta en la plaza, i por orden de

Valdivia pregonóse por sus cuatro ángulos que habilitaba de su caudal a los españoles que quisiesen seguirle. Esto i la fama bien merecida del caudillo le dieron buenos soldados voluntarios; “pues por paga o sueldo ningún español queria ir, sino solo a su costa i mencion, para adquirir mas honra i tener mas parte en la conquista.”

A fuerza de diligencia i de penosos afanes reunió 150 hombres, pero de los mas aguerridos i de su confianza. Con ellos i unos pocos indios, se dirigió, la víspera del día (20 de enero de 1540) fijado para la partida, a la Iglesia Catedral; i “habiendo entrado en ella se corrió el velo a la gran reina María Santísima de la Asuncion, que era la titular de ella, i al santo Apóstol Santiago, que dá, como su patron, nombre a aquella ciudad, i le ofrecieron titular la primera ciudad e iglesia a sus sagrados nombres, sin temer la sátira, del adajio: *hijo no tenemos i nombre le ponemos*; porque afianzaban su existencia en su proteccion i valor. Bendijéronseles estandartes i banderas.” Al día siguiente salieron del Cuzco i llegaron a la ciudad de la Plata, en la que Valdivia tenia repartimiento de indios; i aquí, luego que hubieron reemplazado los víveres consumidos, i se hubieron provisto de las demas cosas que les eran menester, emprendieron por el camino de Jujui su marcha a Chile.

En ningún documento de la época nos ha sido posible hallar el itinerario de esta memorable jornada. Lo que únicamente hemos podido averiguar es, que se plantaba el real temprano por la tarde, i se levantaba temprano por la mañana. Mucho tuvo que demorarse la columna en el tránsito de la cordillera, siendo unas veces detenido su progreso por caudalosos rios, que tenia que esguardar con gravísimos peligtos, o que pasarlos por puentes o en balsas improvisadas por ellos mismos; i otras por escabrosos vericuetos, en cuya travesía les era preciso marchar a la deshilada, corriendo el inminente riesgo de ser así dispersos, sorprendidos por una emboscada. I, lo que mas admira, tenian que superar todas estas dificultades del camino, extenuados de continuo por el hambre i arrecidos de frio.

I si para atravesar las cordilleras necesitó Valdivia poner de su parte el sufrimiento i alentar con su ejemplo a sus desfallecientes compañeros; para penetrar en una rejion desconocida i remota, donde era probable que a cada paso topase con enemigos terribles, que, por la superioridad de su número i la considerable ventaja de pelear en su patria, hubieran podido aniquilarlos, fuéle menester poner en actividad todos los recursos i estratagemas que su astucia i habilidad le sujirieron. Así es que, en lugar de infundir a los indios un terror pánico, como lo habia hecho Almagro, entrando en su suelo a fuego i sangre, degollando inhumanamente a unos, arrastrando en cautividad a otros, i cometiendo todo linaje de atrocidades i extorsiones, trató por el contrario de captarse su benevolencia i de no provocar de modo alguno sus agresiones. Marchaba, sí, formada toda la

columna en masa a bandera desplegada i tambor batiente, para, por medio de este aparato, imponer de alguna manera a los naturales; pero no traia presos a los indios que encontraba para no inspirar desconfianza a todos, ni llevaba rehenes de seguridad a fin de no acreditar temor, ni dejaba guarniciones en los lugares de su tránsito para no disminuir su reducido ejército.

Empero, no eran, los que uno a uno habia escojido Valdivia, soldados bisoños i de imaginacion alegre, que cesasen cobardemente en presencia del menor peligro o dificultad, i para quienes todo fuese tratar del botin i la victoria, i nada del trabajo de vencer i la batalla; estaban ya demasiado avezados a afrontar con paciencia toda clase de penalidades. I luego venian bajo los auspicios de un jefe denodado, que habia aprendido el arte de mandar, sirviendo a las órdenes de los mas famosos capitanes de la Europa, i que con su vida aventurera habia agregado un comentario práctico a aquellas tempranas lecciones.

Llegaron en fin a Copiapó, i no bien se atrincheró el ejército i se tomaron las demas precauciones necesarias para el caso de un ataque imprevisto, "mandó don Pedro de Valdivia tomar las armas, puso la tropa en escuadron, i al estrépito de tres descargas de fusilería i de cañon, dieron todos, en cada una i a una voz, un *¡gracias a Dios!* en debido agradecimiento de hallarse al fin en Chile, acabando con un *¡viva el rei!* en que volaron los sombreros por el aire."

En toda su marcha hasta el valle del Mapocho, solo una vez se vió en la precision de emplear la violencia para despejar el paso, i esta fué con los rehacios indios que moraban a las orillas del Chile [rio ahora de Quillota], los cuales, despues de llamados a conferencia i amonestados una i otra vez, habian rehusado tenazmente darse a partido.

A la márjen septentrional del Mapocho, junto al cerrito que hoi llamamos de San-Cristóbal, resolvió Valdivia hacer alto con su ejército. Reconocida la localidad, ideó fundar a este lado del rio su primera ciudad, porque, a mas de presentar este lugar una bella perspectiva, era el mas apropiado para fijar en él el centro de sus operaciones posteriores, i ofrecia tambien, para el evento de un asalto, un asilo seguro, por los cerros que lo circundan i le sirven como de inexpugnables barreras. Pertenecia este lugar al cacique Huelencaya. Hubiera podido echarse sobre él de rebato i ocuparlo a viva fuerza, porque tanto aquel cacique como los vecinos se hallaban desprevenidos: dictaminó no obstante con mejor acuerdo convocarlos a un parlamento. Cuando este se hubo reunido, solicitó de ellos, en un prolijo i razonado discurso, le cediesen voluntariamente la posesion del terreno. Tuvieron que consentir en ello los indios, pero muy a su pesar: a no ser por la casualidad de no estar aun en sazón sus

sementeras, i el temor de perderlas por este motivo, mui otra hubiera sido su conducta.

En cuanto ya pudo, dió Valdivia traza a la ciudad; señaló el lugar en que habia de erijirse la Catedral i destinó otro para cementerio; creó un cabildo con el objeto de que velase sobre todo lo concerniente a la tranquilidad i adelanto de la poblacion, i como en él delegaba mucha parte de su autoridad, procuró que lo integrasen las personas que conocia mas abonadas.—(14 de febrero de 1541).

Una infausta noticia vino a sorprenderle en medio de estos afanes (10 de mayo de 1541), la de que su favorecedor el Marquez Pizarro i algunos de sus capitanes mas valerosos habian perecido a manos del pérfido hijo de Almagro, que, con otros cómplices cuya ferocidad no iba en zaga a la suya, se habia propuesto vengar la muerte de su padre i usurpar el gobierno del Perú. La noticia de este trájico suceso, vaga todavía, pero tanto mas alarmante, consternó en gran manera a los de Chile, no solo por el amor i respeto que a todos inspiraba la víctima, mas tambien porque tal evento comprometia en cierto modo el porvenir de la naciente colonia.—Llamóse inmediatamente a Cabildo para convenir con tiempo la resolucion conveniente. Reunido éste, manifestóse la gravedad de los rumores que circulaban i de los peligros a que estaban todos expuestos; cuán urgente era renovar en Valdivia su nombramiento de Gobernador, que de hecho quedaba invalidado por la muerte de Pizarro, de quien era lugarteniente; i cuán preciso, por la anarquía en que el Perú se hallaba, conferirle una autoridad independiente de la del mandatario de aquel reino hasta que S. M. otra cosa dispusiese. Decidióse, a fin de consultar la voluntad de Valdivia, i proceder de acuerdo con él, que el procurador jeneral, don Antonio de Pastrana, lo requiriese a nombre del Cabildo i prosiguiese el asunto por sus pasos contados.

En efecto, el 31 del mismo mes se presentó al Cabildo la representacion en que el procurador jeneral pedia el nombramiento de Valdivia. Alegaba varias razones, de las que eran las principales, la necesidad premiosa de precaverse contra las maquinaciones de los indios que, aprovechándose de la alarma que habia difundido entre los cristianos la noticia de la muerte de Pizarro, trataban nada ménos que de concluir con todos ellos; la imposibilidad de mantener tranquila la colonia, si no continuaba en el mando el mismo que hasta entonces la habia rejido bajo tan buenos auspicios, i el único que era acreedor a esa distincion en recompensa de los servicios i mercedes que todos les debian, i de haber podido, gracias a su valor i prudencia, sustentar a tan pocos cristianos contra tantos indios i tan belicosos; i en fin, la consideracion, i fué la que mas fuerza hizo, de haber sido en la persona de Valdivia una eleccion canónica, justa i acertada.—Al oír estas razones prolijamente espuestas, levantóse de su asiento el alcalde ordinario, don Francisco de Aguirre, i puesto en pié dijo en tono mui solemne: "que

lo pedido por Pastrana era justo, i que por tanto los del Cabildo nombren Gobernador a don Pedro, i el pueblo i todos lo llamen así en adelante. “Los demas que estaban presentes adhirieron unánimes al mismo dictámen, i terminada con esto la sesion, salieron de allí i se dirijieron al aposento de Valdivia para notificarle la resolucion acordada. Habiéndole leído el escribano la representacion de Pastrana, pidió Valdivia traslado para responder lo que mas compatible creyese con la fidelidad i obediencia que como buen súbdito debia al rei i al difunto Pizarro. Concediósele como era razon, i al cabo de dos dias se presentó diciendo en contestacion al requerimiento de Pastrana,—que no le convenia aceptar el tal nombramiento de mano del Cabildo, porque, abrigando el designio de demandar por sus servicios nuevas mercedes a S. M., sus émulos podrian talvez dañarle en sus pretensiones, atribuyéndole el proceder de haber constreñido al Cabildo, a efectuar aquella eleccion; que si acontecia venir a esta tierra el hijo de Almagro con la intencion de usurpársela i tomar venganza en él i demas parciales de Pizarro, estaba presto a trabajar en pró de S. M., como hasta aqui lo habia hecho, i deseaba de veras ver al tal Almagro por estas tierras con mucha pujanza, para que tanto mas merecido fuese el castigo que le inflijese en restauracion de la honra de S. M. Mas que para hacer lo que debe no necesitaba estar en posesion de título alguno, ni ménos recibirlo de una autoridad incompetente.

Leyóse en pleno Cabildo esta respuesta; i habiéndose concedido nuevamente traslado de ella a Pastrana, éste declaró,—que las escusas i causas que aducia Valdivia no eran lejitimas, porque el Cabildo, como tal, hacia las veces de Su Majestad en este caso, i podia de su propio motivo proceder a la dicha eleccion; que, por otra parte, convenia ser rejidos por cabeza de Gobernador proveido por Su Majestad i elegido a su nombre por el Cabildo, i no por tenientes de Gobernadores del Perú, pues era tan difícil i peligrosa la comunicacion entre ámbas comarcas; que de esta manera rejidos, su mandatario se empeñaria mucho mas en su sustentacion, trabajaria con mas ahinco en traer a los naturales a la devocion de Su Majestad, i los trataria conforme a sus reales ordenanzas i mandamientos. I despues de alegar otras fuertes razones, consideradas que fueron por el Cabildo, otorgó éste otra vez traslado a Valdivia, quien volvió a insistir en su negativa. Pastrana, entónces, no bien se hubo impuesto de la nueva repulsa de Valdivia, marchó al Cabildo, i dijo allí,—“que aunque no quiera han de forzarle a ello. Que no era justo que por cumplir su particular voluntad, se deje de hacer lo que tanto conviene al servicio de S. M., a la quietud de sus vasallos i a la pacificacion de los naturales de esta tierra.”

Acordóse, para vencer su resistencia, llamar al pueblo a consejo, tañendo una campana con que se llamaba a Misa, para que al sonido de ella, como era costumbre, se juntase todo el vecindario en un tambo grande, que esta-

ba contiguo al lugar trazado para plaza de la ciudad. Apénas se hubo reunido, alzó la voz Pastrana, i habiendo demostrado que Valdivia se obstinaba en no aceptar el cargo de Gobernador, i los desastres que podrian ocasionarse, si este reino permanecia mas tiempo en acefalia, o si se investia de la autoridad suprema a otro que a Valdivia, preguntó qué deberia hacerse en tal conflicto. Todos a una voz respondieron que se le obligase a acceder, i que Pastrana tornase a requerirle. Lo hizo en efecto estando otro dia reunido el pueblo despues de Misa; i como el astuto Valdivia fijase un plazo para responder i se mostrase resuelto a resistir a pesar de todo, no quiso el pueblo sufrir mas negativas ni dilaciones, i arremetiendo a Valdivia le tomaron i levantaron en palmas de manos i le aclamaron electo Gobernador a nombre de Su Majestad. Con enojo se escabulló de ellos Valdivia, gritándoles: *“por merced no me importunen mas sobre este negocio; lo que hasta aquí he dicho lo repito; una cosa siente el vallo i otra quien lo ensilla; i se entró en su aposento que estaba inmediato.*

Esta terquedad de Valdivia, despues de las súplicas i requisiciones que se le habian dirigido, el simulado enojo con que se habia acojido la solicitud de sus colones, i las duras i perentorias expresiones que se les habian escapado al negarse a acceder a ella, descontentaron vivamente a algunos, que llegaron hasta decir que si él no aceptaba, no faltaria quien admitiese. Informado Valdivia de estos rumores, que verdaderamente equivalian a un *ultimatum*, se dirijió al instante al Cabildo que se hallaba convocado. Recordóles las instancias reiteradas a que se habia negado; “i en atencion a ellas, dijo, i a que la voz del pueblo es la de Dios, i a que, aunque yo acertase, mas vale errar por el parecer de muchos,” consintió por fin en aceptar el nombramiento. Hizo, sin embargo, que el escribano certificase ántes las protestas que hacia contra el nuevo título que se le forzaba a tomar, i que así mismo el pueblo lo atestigüase. Tanto fué el regocijo con que todos recibieron esta eleccion, que ponía término a una controversia demasiado prolongada en menoscabo del pro-comun, que se decidió solemnizar este feliz suceso con una opípara comida. Los alcaldes, rejidores i el pueblo cojieron en brazos a Valdivia, i paseándole por los cuatro ángulos de la sala, le proclamaron Gobernador en nombre de Su Majestad. Toda júbilo, fué, en ese dia, la ciudad; resonaban por todas partes los aplausos populares i se hacian mil otras demostraciones de alegría.

Hé aquí, pues, un rasgo de esa prudencia vulpina, de esa prevision admirable que caracteriza a Valdivia. No hubiera sido cuerdo obrar de otra manera, pues eran tan inciertas las voces que corrian acerca del estado del Perú, i llevaba su nombramiento todos los visos de una insubordinacion formal, sobre todo si llegaba a sospecharse que él habia impelido al Cabildo a dar el paso que dió, o que siquiera habia espontáneamente deferido a su voluntad. Finjiendo resistencia i disgusto, i procediendo como

procedió; se puso cautamente a cubierto de toda responsabilidad ulterior: sus protestas argüían que se había violentado su consentimiento, i esto fué lo que él mas tarde hizo valer cuando tuvo que vindicarse ante los lugares-tenientes del Emperador en el Perú.

Lo que tambien se admira en este incidente, son las formalidades empleadas para dirimir la contencion entre el Cabildo i Valdivia. Ciertó es que, aun en la cuestión mas sencilla e insignificante, jamas se prescindia de ellas. Pero en el caso presente parecia que hubiese debido excusarlas la categoría i fueros de Valdivia, su autoridad suprema, i la urjencia de la medida que la acefalia de la colonia reclamaba. Pero querria sin duda el Conquistador dar, el primero, un ejemplo de sumision al formulario establecido; a fin de que por ningun miramiento, i en ninguna coyuntura, por angustiosa que fuese, dejase de conducirse una negociacion por sus cabales. En varios acontecimientos posteriores, mencionados en la historia de este país, se sacrificó a este respeto servil a fórmulas i a ceremonias de pura convencion, casi siempre inoficiosas i estériles, se sacrificó, decimos, la brevedad i expedicion; mas indispensables a menudo que el acierto i regularidad, máxime en presencia de un peligro inminente. Pero justo es confesar tambien que, a la rigurosa observancia de semejantes procedimientos, se debe tal vez la serenidad i aplomo, que en Chile desde su infancia ha manifestado en todos sus procederés la autoridad, en mas de una situacion crítica. (*)

Desde su reeleccion comienza la parte mas interesante de la vida de Valdivia. Nada era que hubiese conseguido penetrar en Chile i echar los cimientos de una ciudad; miéntras se mantuviese aislado de los indios, ni podria convertirlos a su relijion que era uno de sus propósitos, ni hacer efectiva su conquista, pues como tal no era posible considerar la instable i vaga posesion de unos cuantos palmos de suelo. El complemento i la garantía de su conquista habia de ser la colonizacion del terreno conquistado. Demasiado lo conoció Valdivia; i así fué que, no bien pudo dejar a buen recaudo su ciudad naciente, partió a continuar su obra. No es para contado la enumeracion de sus inmensos trabajos: funda en tal punto una poblacion, i al poco tiempo se vé en grandes apuros para defenderla contra las hordas

(*) No asombra, por ejemplo, que, indecisa todavia la guerra de la Independencia, i cuando mas inquietos i consternados se hallaban los ánimos de todos esperando su próximo desenlace, suscitase en el Cabildo un acalorado i prolijo debate, a propósito del cual se corrieron trámites i formalidades sin cuento, la representacion hecha por uno de los vecinos de Santiago para que se declarase *goda* a Nuestra Señora del Rosario, i se la despojase del baston de oro, insignia de patrona del Ejército! Lo cierto es que se ventiló este asunto como se hubiera ventilado el mas árduo i de mas entidad; i que solo despues de una larga discusión, que no terminó en muchos dias, se proclamó *goda* a Nuestra Señora del Rosario, i se adjudicó su baston de oro i el título de patrona de las armas de Chile a Nuestra Señora del Cármen. Por eso decimos arriba que desde su mas temprana edad anunciaba la colonia de Chile lo que seria con el tiempo.

de indios que se precipitan sobre ella, resueltos a recobrar por todos medios sus hogares: se hallaba ocupado en la construcción de un buque que iba a servirle para enviar al Perú a buscar pertrechos, jente i otros enseres de que carecía, cuando, a la noticia de que en Santiago se urdía una conspiración para suplantarle en el mando i asesinarle, tiene que volar a sofocarla i a castigar con el último suplicio a sus autores. I al volver a acelerar con su presencia la conclusión de la obra que dejara principiada, halla que han sido alevosamente asesinados los individuos encargados de ella i vé ardiendo la armazón del buque. Regresa otra vez de una incursión en que había llegado triunfante hasta las márgenes del Bio-Bio, i a la ciudad que dejara erijiéndose i esperaba volver a ver mui adelantada, la mira con gran dolor subvertida i desalojados miserablemente sus habitantes (*). I con todo, no lo desanimaron un momento tantos reveses i perfidias; su actividad i teson eran a toda prueba.

Al recorrer este período de la vida del Conquistador de Chile, mas que en funciones de armas i hechos brillantes, fecundo en acontecimientos pequeños, pero de suma importancia, sorprende el sinnúmero de ordenanzas i reglamentos de todo jénero expedidos con el objeto de organizar i regularizar la administración de la colonia. Al mismo tiempo que vemos a D. Pedro fundando en tal paraje una ciudad, un fortín en tal otro, construyendo aquí un templo, explotando allá ciertas minas, proveyendo en todas partes a la subsistencia i adelanto de sus multiplicadas obras, no deja un instante de la mano su tarea cotidiana de sistemar el gobierno de la colonia. ¡Con cuánto ahinco se consagra a dictar tarifas i aranceles para herreros, sastres, espaderos, etc., que fijen el precio a los pocos productos de la industria naciente i a los artículos principales de comercio! Con cuán infatigable solicitud, con qué constancia que no logran doblegar estorbos i decepciones, insta al Cabildo a deliberar sobre todo lo sometido a su inspección, i recaba de él los medios de subvenir a cuanta necesidad advierte! A su paciente laboriosidad debiéronse los primeros pasos dados entre nosotros hácia la institución de los gremios de artes i oficios, que, distribuyendo en asociaciones separadas las distintas clases de artesanos i estableciendo así cierta especie de solidaridad entre sus respectivos intereses, contribuyen grandemente al adelanto de la industria. A ella tambien la creación de una policía, un sistema de administración de justicia, la fundación del hospital de San Juan de Dios, titulado entónces de Ntra. Sra. del Socorro, (la santa predilecta de nuestro héroe), los estatutos que ordenaban el modo de deducir los quintos i otros gajes para el rei, i reglaban las exacciones e impuestos que debían constituir los primeros ingresos del tesoro público; i otros muchos destinados a otros diversos objetos. I todas estas disposiciones, des-

(*) No referimos los detalles de todos estos sucesos; no conducen a nuestro objeto, i se hallan ademas consignados en la historia de Mr. Gay.

de las relativas a detalles casi insignificantes, como en la que se ordena que *“nadie pueda cortar madera sin dejar orca i pendon, que el alguacil mayor vote i se siente el último despues de los rejidores,* hasta las que contienen prescripciones de mucha entidad, como la de la fidelidad en el uso de pesos i medidas, i la de no exijir sino un mui moderado servicio personal a los indios asignados en encomienda, todas estas disposiciones, todas acreditan su carácter humano i previsor, su anhelo ardoroso por cuanto juzga promover al pro-comun. Monumento de este celo paternal i de esta intrépida perseverancia de Valdivia, es el primero de los varios libros, en que, comenzando por el acta de la fundacion de Santiago, están consignados todos los acuerdos del Cabildo, i que milagrosamente conserva hasta ahora en su archivo aquella corporacion. Téngase presente que el Cabildo no obraba mas que segun las inspiraciones que recibia de Valdivia i al tenor estrictamente de sus consejos i mandatos, i se colejirá que todo lo de bueno efectuado en aquel tiempo debe atribuirse solo a Valdivia; él era el alma, no solo de aquella corporacion sino de toda la colonia.

Así fué que, mientras las guerras no absorvieron exclusivamente su atencion, nada se hizo en la colonia, sino en fuerza de sus instigaciones i afanes. ¿Habia que presidir algun trabajo, o que concurrir a él como operario? El era el primero que se guardaba de alegar excusa, a fin de que nadie se creyese dispensado de prestarle su cooperacion. Hubo una vez que enviar por socorros al Perú, i necesitábase para esta comision una persona que fuese bastante animosa para despreciar los peligros del viaje i sobrellevar sus incomodidades. Lamó él mismo a todos sus capitanes uno a uno; no se cansó de exhortarlos a que aceptasen tan riezgosa comision; i cuando desesperó de hallar quien no le opusiera inconveniente i cediese a sus ruegos, aprovechándose de una ocasion en que los principales capitanes se hallaban reunidos en su casa i discurrían con entusiasmo acerca de la suerte futura de la colonia, exclamó con énfasis i cierto acento de profunda melancolía: *“¡Oh! no haber algun valiente que trillando enemigos vaya por socorros al Perú!”* Flo que no habia podido conseguir de ellos a fuerza de instancias, i ni aun de amenazas, lo obtuvo mortificándolos en su amor propio i en lo mas delicado de su orgullo; i de tal modo lo obtuvo, que se vió despues en apuros para escojer de entre los muchos que se disputaban a porfia aquel importante encargo.

En la prosecucion de su proyecto, de cimentar la administracion de la colonia, se ostenta, cual se habia ya mostrado en sus anteriores hechos de armas, un hombre de astucia, sagaz para precaver oportunamente un peligro, dotado de una longaminidad i aplomo que no le abandonaban ni aun delante de una catástrofe extrema. En la batalla se remitía principalmente a la extratejia; ordenaba con tino su tropa, la hacia ejecutar artificiosas evoluciones, engañaba al enemigo con estratajemas, finjia retroceder para in-

fundirle confianza i arremeterle despues con redoblados bríos. En estos i otros amaños confiaba, mas para la asecurion del triunfo que en el valor de su tropa o en la superioridad de su número. En la gobernacion de la colonia apelaba igualmente a arbitrios análogos. Como sondease alguna oposicion a sus miras un poco tenaz, en vez de proponerse superarla en el acto, dejaba obrar el tiempo; transijia momentáneamente o aparentaba desistir del todo; léjos de imponer su voluntad, se humillaba hasta hacer creer que cedia; manifestando otros embozaba sus verdaderos designios; i cuando al cabo se resolvia a abdicar el disimulo, era ya para concluir con toda resistencia.

Cárlos V, cediendo en fin a las reclamaciones del evanjélico Protector de las Indias, habia consentido en exonerar a los indijenas del *servicio personal* i de los tributos con que los tenian abrumados sus inhumanos conquistadores. Pero árduo era el asunto, de reducir a una soldadesca feroz i desenfrenada a la obediencia de órdenes, como las que entónces impartia la metrópoli, que tendian a despojar a aquella del usufructo de una conquista efectuada exclusivamente a sus expensas i por su valor. Los conquistadores querian continuar, nada mas natural, explotando a su antojo la debilidad i desamparo de los vencidos.

Gonzalo Pizarro, hermano del difunto conquistador del Perú, tomó las armas en este país i se puso a la cabeza de un partido formidable por su número i los forajidos de que contaba, resueltos a defender a todo trance lo que en aquel tiempo llamaban *los derechos i fueros de conquistadores*. Después violentamente, desterró, i mas tarde fuéle preciso matar al primero que, invistiendo plenamente la autoridad real, vino al Perú a establecer en su gobierno un órden de cosas mas regular. Pero ya habia llegado a este país con la misma mision otro famoso personaje, el Licenciado de la Gasca que, gracias a su sotana, breviarío i carácter intrépido, si bien conciliador i justiciéro, i segundado por Valdivia, consiguió lo que su antecesor no alcanzara por sus amaños i arbitrariedades.

Informado Gonzalo de que el de la Gasca se dirijia a su encuentro, enganchando de paso jente para acrecentar su ejército, i ganándose la adhesion de las autoridades locales, estaba ya listo para un próximo combate, cuando, con algunos de los que le habian acompañado en la conquista de Chile, arribó Pedro de Valdivia a las costas del Perú. Traía el ánimo de proteger al hermano de su favorecedor, quien, no dudando de sus favorables designios, le habia iniciado en varias cartas en sus mas secretos planes e invitado a cooperar a su realizacion; mas supo que el Licenciado de la Gasca era enviado por S. M. para poner término a los disturbios i desavenencias en que el Perú se hallaba; i esto lo decidió a marchar a ponerse a las órdenes de este último. ¿Cómo explicará la historia esta inconsecuencia, i puede decirse deslealtad, del futuro héroe de Arauco?

El Licenciado de la Gasca conocia de fama el valor personal i demas dotes del caudillo Gonzalo; sabia tambien que el ejército de éste, léjos de ser colecticio e improvisado como el suyo, se componia en su mayor parte de soldados aguerridos que habian militado en todas las campañas de la conquista; pero lo que le infundia mas temor de mal suceso en el desempeño de su comision, eran los prodijios que oia diariamente contar acerca de la bravura i talento militar del Maestre de campo de su adversario, el célebre Francisco Carvajal, hombre mui entendido en las cosas de la guerra, i de un natural impetuoso, a que no habian hecho la menor mella los ochenta i tantos años de edad que por entónces contaba. El de la Gasca, mohino i perplejo por la consideracion de tantas ventajas que tenia sobre él su enemigo, se hallaba acampado en Jauja, cuando vino a unirsele Valdivia. La llegada de este veterano, que a nadie, ni al mismo Carvajal, cedía, en punto a pericia militar, disipó algo las inquietudes i zozobras del buen Licenciado; i principalmente la tropa cobró grandes brios con la esperanza de ser mandada por el vencedor de las Salinas. Luego que se hicieron suntuosas fiestas i juegos de cañas, i se corrieron sortijas en celebracion de su llegada, siguieren su marcha las huestes del Licenciado, ansiosas ahora de acometer de una vez a los insurjentes.—Despues de algunas jornadas, Valdivia que iba de vanguardia al mando de la artillería, divisó al cabo en la llanura de *Xaquixaguana* los tercios enemigos.—Ofreció inmediatamente quinientos pesos de oro al que primero asentase un balazo a la tienda de Gonzalo Pizarro, que aun estaba sin recojer. I tuvo que pagarlos poco despues a uno que dió en el toldo de aquella tienda, i mató un paje que se hallaba dentro; lo cual, induciendo a creer a los contrarios que todas sus tiendas servian de terreros, obligólos a abatirlas.

El viejo Carvajal presajió a Gonzalo la derrota de los suyos desde que observára en el campo de los contrarios tan perfectamente ordenados los batallones i las medidas todas tan bien tomadas, que sin sospechar siquiera se hallase en el Perú Valdivia, un secreto presentimiento le hizo esclamar: *Somos perdidos! Valdivia está en la tierra i rije el campo o el diablo!* I no falló su pronóstico.—A los pocos momentos despues de trabado el combate, las filas del ejército de la Gasca comenzaron a ser engrosadas por una multitud de desertores, que uno a uno iban desbandándosele a Gonzalo.—En vano quebró este su lanza sobre las espaldas de los cobardes; el mismo Carvajal viendo ya inevitable la derrota, envainó su espada, i cruzando los brazos, se puso a entonar impasible, mirando huir a sus soldados, estos versitos de una antigua trova española:

“Estos mis cabellicos madre,
Dos a dos se los lleva el aire.”

Lo único que empañó el brillo de este triunfo, fué la inútil muerte del bizarro Gonzalo i de su Maestre de campo, a los pocos dias inmolados cruel-

mente por el vencedor. Encarecida, pero vanamente, intercedió el noble Valdivia en favor de sus compañeros de armas!

El importante servicio que acababa de prestarle nuestro héroe, decidió al de la Gasca a confirmarle su título de Gobernador i Capitan Jeneral de Chile, i conferirle la facultad de descubrir, poblar i repartir la tierra a sus habitantes.

Estaba ya pronto Valdivia para efectuar su regreso a Chile, cuando un singular acontecimiento le obligó a demorarlo. La derrota de la faccion anárquica que capitaneaba Gonzalo, dejó ociosos i vagabundos a casi todos sus parciales; i como el de la Gasca los habia proscrito, se veian obligados, para sustraerse a las pesquizas de las autoridades, a vivir ocultos i a mantenerse del pillaje i del salteo. Valdivia, que al intentar su primera expedicion a Chile habia experimentado la dificultad de enganchar, a no ser mediante un pré i ofertas excesivas, jentes que se resolviesen a dejar su seguro acomodo por la esperanza de beneficios inciertos, aprovechó esta oportunidad para tratar de enrolar a todos aquellos forajidos, i llevarlos a Chile. Mui fácil, le fué, como era natural, conseguirlo, i justamente en circunstancias que tenia ya alistado un considerable número, i dispuesto un buque para transportar aquella balumba de malhechores, una casualidad imprevista frustró su designio. Quiso la suerte se informase el Licenciado de la clase de personas reclutadas por don Pedro; i, sea que creyese de su deber impedir la evasion de aquellos criminales, o que diese crédito a rumores que imputaban a Valdivia la intencion de usurpar con el auxilio de semejante jente el gobierno del Perú, lo cierto es que envió a prenderle al oficial Pedro de Hinojosa. En cuanto éste le alcanzó, le rogó mucho se volviese con él adonde el Presidente. Quién sabe por qué motivo se negó Valdivia, confiando sin duda en la tropa que llevaba i en que por causa de ella no se atreveria Hinojosa a intentar contra su voluntad; pero se descuidó, de suerte que, con seis arcabuceros que llevaba pudo Hinojosa prenderle i llevarle al de la Gasca.

A pique estuvo de que le hubiese costado caro a nuestro héroe esta travesura. Pero ¿qué hubiera podido inducirle a desobedecer al Presidente, sino el deseo, tan natural en su situacion, de no prolongar mas tiempo su ausencia de Chile? I a no ser así ¿cómo con tanta facilidad pudo vindicarse ante el Licenciado, i obtener permiso para volver a Chile? Fuerza le fué licenciar, es cierto, la jente que habia reclutado, i renunciar a su proyecto de traer mas colonos a Chile. Pero debió despues felicitarse por este contratiempo que libertó a su colonia de una inmigracion, cuyos efectos luego hubiera él mismo deplorado.

Durante la ausencia de su Gobernador, habian ajitado a la colonia continuas inquietudes i angustias, a causa de las irrupciones que incesantemente tentaban los indios. Las pocas i raras poblaciones hasta entónces fundadas

por los españoles, estaban pésimamente defendidas; sus escasos habitantes i uno que otro fortin que las guarnecía, no bastaban para impedir a los Indios asaltarlas por la noche i hacer a la poblacion víctima de sus pillajes i carnicerías. Lo que convenia efectuar a fin de ponerlas a cubierto de semejantes desastres, era la reduccion de los indios circunvecinos al valle del Mapocho. Aquí habian constituido como su cuartel jeneral los españoles, i este debia ser el punto de apoyo para sus empresas futuras i desde donde debia proveerse a la permanencia i adelantos de sus demas establecimientos. Sin contar sobre todo con la adhesion de los Indios de Copiapó i de los lugares intermedios hasta Santiago, era mui inestable la posicion de los conquistadores i mui contingente el fruto de sus afanes. No tenian guardadas sus espaldas como era menester para llevar la conquista adelante, i ni aun comunicacion expedita con el Perú, que era de donde debia venirles los refuerzos de jente i bastimentos que demandaban continuamente sus trabajos. Antes del regreso de Valdivia, habia mas de una vez acontecido que los Indios asesinasen impunemente a los que los cristianos enviaban al Perú en busca de socorros.

Era, pues, urjente precaver estos peligros i vencer estas dificultades. No bien hubo llegado Valdivia a Chile, no fué otro el objeto exclusivo de su atencion. Despachó al valeroso capitan Aguirre al mando de treinta soldados a allanar el paso de Copiapó i a recuperar i reedificar la ciudad de la Serena, recientemente arrasada por los Indios, cuya posesion estimaban los españoles en mucho, pues desde que la habian perdido estaba interceptada la comunicacion con el Perú. Así que desempeñó aquel capitan su encargo, resolvió Valdivia partir a las comarcas meridionales con el ánimo de proseguir i afianzar su conquista.

Antes de emprender esta espedicion, como si le hubiese asaltado el presentimiento de su próxima muerte, hizo su testamento que, cerrado i sellado, ordenó depositar en la secretaría del Cabildo; pero una rara casualidad le obligó a diferir algun tiempo su partida. Tenia la costumbre de hacer todas las tardes, despues de haber evacuado sus ocupaciones cotidianas, un paseo a caballo por Santiago i sus alrededores, a fin de inspeccionar por sus propios ojos el estado i progresos de la poblacion. En uno de estos paseos, un espanto de su caballo lo descalbó tan violentamente que rodó largo trecho por el suelo.

Tan maltratado le dejó esta caida, que tuvo que guardar cama muchos dias, i que en otros tantos solo le fué posible caminar en litera. Pero, en fin, el 1.º de enero de 1550, no pudiendo ya resistir por mas tiempo al vehemente deseo de realizar su proyecto, sin sentirse aun del todo bueno, i sin esperar siquiera haber recobrado el uso de sus piernas, se puso en marcha, haciéndose conducir en litera, a las provincias del sur, a la cabeza de doscientos hombres entre jefes i soldados de ambas armas. Atravesó sucesivamente el rio Itata i el de la Laja, no sin haber tenido que empeñar algu-

nas ligeras contiendas contra los indios que querian impedirle el paso. Llegó al cabo a las márgenes del Bio-bio; pero el temor de ser sorprendido al otro lado por una emboscada, i lo caudaloso del rio, le determinaron a no vadearlo, aunque a costa de mucho trabajo habia ya logrado construir al efecto algunas balzas. Juzgó mas prudente seguir por la orilla de su curso hasta el valle de Andalien. Al llegar a este lugar, sostuvo un combate pertinaz contra los naturales, "los cuales, dice el mismo Valdivia en una de sus cartas a Carlos V, nos acometieron con tal ímpetu i alarido, que parecian hundir la tierra; i comenzaron a pelear de tal manera, que prometo mi fé que ha treinta años que sirvo a V. M. i he peleado contra muchas naciones, i nunca tal teson de jente he visto jamás en el pelear como estos indios tuvieron contra nosotros. . . . Pero sintiendo entre sí las espadas que no audaban perezosas, e la mala obra que les hacian, se desbarataron. Hiriéronme sesenta caballos i otros tantos cristianos, aunque *los unos i los otros* no podian estar mejor armados, i no murió sino un solo caballo al cabo de ocho dias i un soldado que disparando un arcabuz otro vecino le mató, i en lo que quedó de la noche i del otro dia, no se entendió sino en curar hombres i caballos." (1)

Continuó en seguida su marcha, i en marzo llegó al valle de Penco. A las orillas del riachuelo de este nombre, fundó la ciudad de Concepcion. Repartió ántes los indios de este distrito en encomiendas entre los pobladores. El mal trato que estos les dieron, el excesivo servicio personal que les exijian en el edificio de las casas i en otras no ménos ímprobos faenas, exasperaron de tal suerte a los pobres indios, que concertaron entre sí i con algunos de los lugares vecinos, con quienes al efecto se habian puesto en comunicacion, sacudir tan ominoso yugo. Mucho hizo Valdivia para atraérselos i hacerles por buenos modos desistir de sus intenciones hostiles. Pero todo fué en vano. Al amanecer de un dia despertaron sobresaltados los españoles por la algazara de un enjambre de indios que cubrian los cerros de la Concepcion, i que demostraban por sus gritos i amenazas venir con la firme resolucion de desalojar a sus enemigos de la posición que habian ocupado. Pánico fué el terror que este espectáculo inesperado infundió a todos los compañeros de Valdivia. Pero éste, sacando fuerzas de flaqueza, dispuso a los suyos con tal ingenio, supo exhortarlos con tal entusiasmo, que, llenos de ardimiento i confianza, salieron al encuentro de sus agresores, decididos a resistirles hasta la última extremidad i a escarmentarlos. Combatieron desde la alborada hasta puestas de sol, i con tal ahinco que de puro cansados, dice un historiador, les latian tanto a los caballos los hijares, como a los dueños el corazon. Hubo un momento

(1) Otros afirman que la imájen que trajo Valdivia obró el milagro referido i es la que hasta ahora se venera en la catedral de Concepcion con el título de *Nuestra Señora de las Nieves*.

en el combate en que todos los cristianos desesperaron de escapar con vida, i fué cuando divisaron derribado de un horrible golpe a su jeneral. Mas acudieron con presteza a ponerlo de nuevo a caballo, i despues de algunas alternativas, consiguieron al fin ahuyentar a los pencones, que dejaron el campo atestado de muertos i la victoria por los españoles. Tan repentina i apresurada fué la fuga de los indios, que la tradicion vulgar ha atribuido a un milagro este suceso, nada ménos que a la intercesion de la Vírjen, que invocada por los cristianos, se les apareció de repente a dispensarles su amparo, i obligó a los bárbaros a retirarse, cegándolos con la tierra que les arrojaba a los ojos, i dirijiéndoles amonestaciones que los intimidaron. I es fama que la Vírjen protejió en esta ocasion a los de Valdivia, movida por la devocion que este tenia a una imájen suya que de su patria trajo consigo, i que con el título de *Nuestra Señora del Socorro* se venera todavía en el convento de San Francisco de esta capital (1).

Sobre esta memorable victoria escribió Valdivia al Emperador las siguientes palabras: "Con la ayuda de Dios, de la Santa Virjen i del Apóstol Santiago que siempre han apadrinado mis proyectos, reduje en esta funcion a los de la tierra, los truje a paz i obligué a que me sirviesen en la construccion de los edificios de la ciudad que estaba fundando."

Talvez este triunfo i el anterior hubieran producido el efecto de resignar a los indios a ver ocupadas sus tierras por jentes extrañas, si las atrocidades que en algunos de ellos ejecutó en seguida Valdivia, no les hubiesen hecho cobrar un profundo resentimiento, que, si bien disimularon mucho tiempo, manifestaron despues en terribles represalias. No se contentó Valdivia con vencerlos completamente; quiso escarmentarlos para siempre, llegando su ilusion hasta el punto de imaginarse conseguir su intento por medio de un inhumano sacrificio de los prisioneros que cayeron en su poder. A los que no dió la muerte, les cortó las narices o mutiló de otros modos. ¡Deplorable conducta, de que mui tarde vino a arrepentirse por desgracia, cuando, habiendo descubierto los complots de venganza tramados por sus enemigos, desesperó de su propia salvacion i de la de casi todos sus colonos!

Despues de esta batalla, no abrigando ya Valdivia el temor de que los indios tentasen tan pronto una nueva incursion, designó, dentro del recinto trazado anteriormente para sitio de la poblacion, los solares para ciertos edificios públicos i entre otros para la iglesia, que era siempre el primero que en sus trabajos de colonizacion erijian los españoles; peculiaridad notable, permítasenos observar de paso, i que denota los fines pia-

(1) Hablando de esta batalla, dice M. Gay que Valdivia estuvo a pique de perecer en ella, i que los indios le mataron el caballo; pero le hallamos razon para dudar del hecho, por cuanto no se hace de él mencion ninguna en la carta que anteriormente hemos citado.

dosos i evanjélicos de los conquistadores de ese tiempo. Una buena parte de los que habian acompañado a Valdivia en esta expedicion, le pidieron permiso para no pasar adelante i fijar su residencia en la nueva colonia, a lo cual él no se opuso, considerando bastante para proseguir su proyecto el auxilio de los pocos, que mas amigos de aventuras que de holganza, i con mas codicia de fama que de riqueza, se prestaron espontáneamente a seguirle.

Tan pronto como pudo dejar la ciudad suficientemente premunida contra cualquier asalto, abastecida de víveres que hizo transportar de Santiago, i sujeta a un réjimen político regular, mandó construir a la lijera algunas balzas, i en ellas, i con poco mas de cien hombres, no temió esta vez atravesar el Bio-bio, por la parte mas próxima a su desembocadero, que es por donde las aguas de este rio se deslizan con ménos impetuosidad.

A las pocas jornadas llegó a la confluencia del rio Cauten (hoi llamado el Imperial) con el de las Damas, i por las espaciosas i limpias dehesas que se extendian a las dos riveras del cauce, eligió este paraje para establecer otra ciudad, que hizo dominar por un fuerte, i a la cual le dió por nombre *Imperial*. Facilitó i aseguró la comunicacion de esta ciudad con la que habia dejado levantándose en Concepcion, mandando edificar tambos o mesones en el camino, a distancia de siete leguas unos de otros. Asignó a cada uno de los pobladores espaciosos terrenos i su correspondiente número de indios en encomienda.

Volvióse luego a Concepcion. Afanóse mucho en acelerar la ereccion de los monumentos públicos que halló todavía mui atrasados, i en promover otras obras útiles para el vecindario. A los dos meses despues de su regreso a esta ciudad, vinieron a reunírsele dos de sus mejores capitanes, Villagra i Alderete. El primero llegaba del Perú, adonde, como ya dijimos, habia sido enviado en busca de jente i socorros: se juntó con Alderete al pasar por Santiago. Por lo que, sobretodo, celebró Valdivia la incorporacion de estos capitanes a la expedicion, fué porque los soldados i provisiones que traian llegaban mui a tiempo, a causa de la escasez jeneral i de las deserciones que amagaban a sus nuevas colonias. Otro de los que vino a incorporársele poco despues fué el célebre Francisco de Aguirre, fundador de la Serena; pero este volvióse a su colonia al cabo de poco tiempo que tardó en la jestion de algunos asuntos de interes privado, cuya resolucion era de la competencia de Valdivia.

Este oportuno resfuerzo alentó sobre manera a Valdivia, i tanto que resolvió ya no dar de mano a su propósito.

Dirijióse otra vez a la Imperial con mayor número de tropas, i mejor provisto. De aquí, apénas hubo dado algunas órdenes i concluido ciertos trabajos con la mira de asegurar la permanencia de la ciudad, se encaminó hácia el Sur, hasta llegar al rio Calle-calle, cuyo nacimiento está en la

laguna Guanegüe. A las inmediaciones de la bahía en que este río desemboca, echó las bases de otra nueva población, a la cual dió el nombre de su apellido. Arregló también, según su costumbre, todo lo conducente al buen orden de la ciudad i vecindario.

El capitán Alderete, de cuyo valor i prudencia tenía alta idea Valdivia, fué comisionado para buscar un sitio distante de la costa i llegado a la cordillera, a propósito para erijir en él otra ciudad, ia cual resguardase a las demas ya fundadas, que por su situacion litoral carecian de defensa en caso de una irrupcion de indios. Cumplidamente desempeñó su comision Alderete; eligió un lugar, distante treinta leguas de Valdivia hácia el Este, conforme a las instrucciones que recibiera, i en él fundó la ciudad que denominó *Villa-Rica*, “en razon”, dice Gay, “de los preciosos nineros de oro que allí se vieron.”

En su vuelta a Concepcion, al atavesar el Gobernador los distritos de Purén, Arauco i Tucapel, intermedios entre Valdivia i la Imperial, hizo construir fortines en ellos i dejó en cada uno una guarnicion competente; todo con el objeto de asegurar la comunicacion entre aquellas dos colonias.

A los pocos dias de su llegada a Concepcion, se dirijió a Santiago. De aquí despachó a España a Alderete, confiriéndole el encargo de solicitar de S. M. ciertas facultades, gracias i exenciones, i principalmente subsidios de jente para consolidar la conquista.

Los de Concepcion esperaban que produjesen el efecto que ellos apetecian las representaciones que los vecinos de Santiago, inquietos por la ausencia de su Gobernador i deseosos de verle fijar su residencia entre ellos, le habian una i otra vez dirijido para disuadirle de la prosecucion de un proyecto que creian quimérico, i que exijia su ausencia de la capital. Con efecto, los de Santiago emplearon toda clase de empeños para no dejarle partir: pero, apesar de todo, no consiguieron retenerle mas tiempo que el preciso para dictar ciertas reformas administrativas i darse algun descanso. Grande fué el asombro de los vecinos de Concepcion el dia que le vieron llegar otra vez a esta ciudad i hacer todos los preparativos para una nueva expedicion, sin demostrar la menor desconfianza en su éxito, a pesar de las dificultades que ya habia experimentado.

Antes del dia fijado para la partida, llegó a Concepcion su esposa doña Marina; pero ni aun este feliz suceso fué tampoco parte a retenerle.

Tenia lugar a este tiempo entre los indios un poderoso i repentino levantamiento; los de Tucapel, Arauco, Angol i otras parcialidades, cuya índole de suyo belicosa no necesitaba ser exasperada, habian tomado las armas i proyectaban el exterminio de los españoles. Se habia formado al efecto entre todas ellas como una alianza: cada una habia contribuido con sus respectivas tropas i demas contingentes. El bravo Caupolicán, que ha-

bia sido nombrado jefe del ejército, rompió las hostilidades asaltando a un mismo tiempo las plazas de Arauco i Tucapel. Los que defendían esta última, viendo la inferioridad de sus fuerzas i la obstinacion con que era sostenido el sitio, despacharon aviso a Valdivia, instándole para que al frente de sus tropas acudiese a salvar la plaza del aprieto en que se hallaba, i notificándole que la menor tardanza los reduciria a la extremidad de desalojarla. Así que supo el Gobernador lo ocurrido, voló sin pérdida de momento al socorro de los suyos. Pasó por Arauco, i averiguó aquí que un gran número de indios tenia cortada la comunicacion de esta plaza con la de Tucapel. Como en tantas ocasiones los habia vencido, en vez de amedrentarle esta noticia, lo decidió a seguir hasta Tucapel, aunque solo llevase cuarenta i seis soldados i siete indios de servidumbre, única jente que la precipitacion de su partida le permitiera reunir. Caminó tres días sin dividir un indio, hasta que en las llanuras de Tucapel dió vista a los araucanos que le esperaban en numerosos, aunque desordenados escuadrones. Dividió su jente en tres partidas, reservándose trece soldados i un sarjento para defensa de su persona. Puestos ya en orden de pelea, alzó bandera de paz, i se la envió a ofrecer a Caupolican, prometiéndole castigar los agravios que le hubiesen inferido los cristianos. La respuesta de Caupolican, dice el historiador Carvallo, fué dar principio a la funcion. Se trabó un reñidísimo combate, i se inclinaba ya la victoria hácia los españoles; mas Lautaro, paje de armas de Valdivia, que a su lado habia presenciado impasible hasta ese momento la refriega, fuera de sí al ver cejar a tantos indios delante de tan pocos españoles, deserta repentinamente de las filas de Valdivia, detiene a voces a los indios fujitivos, i reprochándoles amargamente su cobardía logra infundirles de nuevo valor. Él mismo toma el mando del ejército, i acomete tan impetuosamente a los contrarios, que al primer choque los derrotó completamente, por mas que se defendieron mucho tiempo ejecutando prodijios de bravura. Valdivia, viendo muertos a casi todos sus capitanes i soldados, se separó de la batalla con su capellan, para confesarse, pues se sentia mal herido. Los indios, temerosos de que se les escapase de las manos esta preciosa prenda, le dieron alcance i le condujeron maniatado a la presencia de Caupolican. El paje Lautaro i muchos otros que se hallaban presentes intercedieron a fin de salvarle; i el jeneroso Caupolican le habia ya otorgado la libertad i la vida, cuando el anciano Lebutun (*), que tambien habia sido testigo en esta escena, le mató allí mismo de un golpe de macana que le dió en la cabeza, (30 de diciembre de 1553). Tal fué el trájico fin del célebre Conquistador de Chile.

No queremos terminar este breve razgo biográfico, sin vindicar, aunque a lijera, a nuestro héroe de ciertas inculpaciones que le han hecho algunos

(*) Gay lo llama *Leucaton*.

historiadores de Chile, Gay entre ellos. En vista de las contrariedades que en su mayor parte frustraron los esfuerzos de Valdivia, aun los panejiristas de este personaje no han vacilado en afirmar que la empresa en que se habia aventurado era inútil, a mas de quimérica i de todo punto irrealizable. —Debió contentarse, dicen, con ocupar el suelo conquistado hasta la orilla de acá del Bio-Bio; i aun a este respecto peoó de mui grave su sistema de colonizacion, porque establecidos, como los estableció, sus pueblos a largas distancias unos de otros, el amparo recíproco habia de ser tardo, difícil i acaso imposible. . . . ¡Fué una imprudencia diseminar mil españoles en un vasto territorio donde pululaban hombres, así de temer en consideracion al número, como por su salvaje i característica osadía! . . . Debió reparar el Gobernador que su poder disminuía cuanto mas terreno abrazaba! . . .

Pero los que son de este sentir no advierten, como anteriormente dijimos, que el complemento i garantía de la conquista debia ser la reduccion i civilizacion de los indijenas. ¿Qué importaba ocupar el territorio descubierto? La posesion no podia ser segura, ni mucho ménos provechosa a sus dueños, miéntras no hubiesen inculcado en los indios la relijion, usanzas e idioma que traian, miéntras ellos, los conquistadores, no se hubiesen identificado con los naturales. Empresa ciertamente difícil, obra secular, pero no por eso vana ni irrealizable. Llegar a Chile, penetrar en su territorio, esparcir por él unas cuantas poblaciones, todo esto no era mas que conquistar, venciendo sin duda algunas dificultades. Empero, seguir adelante, agregar al reino de España, no solo mayores dominios sino mas súbditos, dilatar los términos de la jurisdiccion del cristianismo hasta estas remotas tierras, elevar, en una palabra, al vencido hasta la altura del vencedor, esta si que era obra ménos efimera i momentánea que la de una simple conquista; esto si que era tentar una de esas empresas extraordinarias que solo acometen héroes, “pero que en su misma magnitud llevan la fianza de su buen éxito.”

De nada servia fundar ciudades; era preciso civilizar a los bárbaros i reducirlos a la obediencia, i para esto ponerse ante todo en íntimo contacto con ellos. Obstinados en vivir ocultos en los albergues que les ofrecian los bosques i los terrenos aun no explorados, ¿sería hacadero atraerlos hácia sus vencedores i asegurarse su adhesion? Solo por medios violentos, reduciéndolos a viva fuerza, i manteniéndolos sumisos mediante la esclavitud. I así se efectuó. A cada uno de los suyos hizo Valdivia merced de una parte de la tierra conquistada; asignóles así mismo cierto número de indios que pasaron a ser inherentes a la tierra; i permitióles la facultad de explotar tierra i hombres bajo ciertas condiciones. De aquí las *encomiendas* i el *servicio personal* de los indijenas.

¡No puede negarse que el medio elegido fué altamente eficaz.—Califíquese en buen hora de extorsivo, atroz, abominable, etc.; pero ¿de cuál otro podia echarse mano? No habia aun llegado el tiempo en que se pudiese

intentar la civilizacion i reduccion de los indios por medios pacíficos; era ántes indispensable acercarse al indio, ponerle a la vista una condicion mejor, en presencia de la cual percibiese la inferioridad i abyeccion de la suya. ¿I cómo conseguirlo a no ser por la violencia?

Las preocupaciones de la época autorizaban sobradamente este abuso.

—La nacion, que por conservar ilesa su unidad relijiosa, creía lícito profanar el santuario de la conciencia i quemar al disidente, ¿sentiria escrúpulos que la disuadiesen de esclavizar al indijena para cristianarlo i utilizarlo?

I luego, como dice Prescott, “hai algo en la posesion de una fuerza superior, que la hace, moralmente hablando, mui peligrosa para su poseedor. El europeo, una vez en contacto con hombres salvajes, disponiendo de facultades i de una fuerza efectiva tan inmensamente superiores, los sojuzga con tanta facilidad como al bruto, i los cree igualmente nacidos para servirse de ellos, siente que tiene un derecho natural a su obediencia, i que esta debe medirse, no por las facultades del bárbaro, sino por la voluntad de su conquistador. *La resistencia llega a ser un crimen*, que ha de lavarse con la sangre de la víctima. De tales atrocidades no son únicamente reos los españoles; do quier se han encontrado el bárbaro i el civilizado, en Oriente o en Occidente, su historia se ha escrito siempre con caracteres sangrientos.”

Ademas, “las encomiendas i el servicio personal impuesto a los indijenas, eran un corolario preciso de la conquista. El mismo derecho con que se invadia un territorio i se sometia a sus habitantes, justificaba el despojo de la libertad individual, que se reputaba un medio necesario para mantener en la sumision a los indijenas.”

La vindicacion mas elocuente del sistema colonial iniciado en Chile por Valdivia, está en los resultados que produjo.—Con él, no solo consiguió la España poseer tres siglos el territorio conquistado, si no que este lapso de tiempo le bastó para inocular en el indio su relijion, su lengua i sus costumbres, para endosarle esa mochlila de verdades, supersticiones i usos que trajeron consigo sus conquistadores. Cuanto todavía somos, cuanto forma nuestro carácter i modo de ser actual, lleva aun el sello indeleble de su influencia.

Sin duda que Valdivia no contó sus fuerza ni pulsó los inconvenientes al tratar de realizar su desgnio.—Sus colonos i sus elementos de defensa, nada eran en comparacion del vasto plan que se propuso.—Pero la temeridad i el arrojo eran el flaco de los hombres de entónces.—¿I serian mas admirables las hazañas de Valdivia sin esta desproporcion entre sus proyectos i sus recursos? ¿Qué importa que le haya faltado la prudencia i el cálculo de un político, si demostró la perseverancia i la abnegacion del heroismo?

¿I qué argumento mejor contra los que han juzgado a Valdivia del jaez de aquellos soldados enhambrecidos que pasaron en su tiempo a América, nó en busca de un teatro en que hacer alardes, i de idólatras que convertir al cristianismo, sino ávidos de riqueza i resueltos a cometer todo jenero de depredaciones para adquirirlas? El que tanto valor acreditó batallando contra los indios hasta sucumbir en la demanda, ¿puede ser por ventura un verdugo feroz, que inflijiese suplicios a víctimas desamparadas i nó perdonase medio de enriquecer, por inhumano que fuese? Cave que hubiese tenido la avaricia i demas flaquezas de los dos grandes conquistadores de Méjico i el Perú, pero con la magnanimidad i las otras virtudes que ennoblecieron los estravíos de aquellos dos ilustres capitanes.—Juzgarle de otro modo es una notoria injusticia. En la conquista de Chile dió pruebas de habilidad e intrepidez, tan insignes como las que aquellos dieron en las que respectivamente llevaron a cabo.—I lo que hizo para iniciar la colonizacion de Chile es el testimonio mas irrecusable de las grandes dotes que lo distinguieron. Se estuvo mui lejos de sentirse arrastrado en la prosecucion de su empresa por la filantropía de un Las-Casas, por ejemplo; probó al ménos estar animado del mismo celo i persistir en su propósito con igual constancia. Era un guerrero, cuyo espíritu, en lo tocante a relijion, estaba penetrado de las convicciones siniestras que prévalecian a la sazón en su patria. En tratándose de cristianar o civilizar infieles ¿qué mucho que la cota de malla de las ideas i sentimientos dominantes, prohibiese todo acceso a su alma de piedad o induljencia? Era feroz, inexorable, pero solo contra los enemigos de su fé, i cuando los conocia pertinaces e intratables. Desde que el vencido abjuraba sus errores o se daba a partido, jamás dimitia aquella mansedumbre i humanidad, aquel carácter paternal que se avenia tan bien con el acerado temple de su alma.—Si miras fármicas lo hubiesen instigado a emplear el rigor i la fiera con que al último procedió contra los indios, nadie lo absolveria; solo despues de considerar que un celo excesivo, el deseo de extirpar abusos e idolatrías i de consolidar su conquista, fue el acicate que lo hizo atropellar toda valla hasta alcanzar a la meta de sus conatos, parecen excusables todos sus desmanes i atrocidades.

SONETO EN HONOR DE PEDRO VALDIVIA. (*)

Una tumba cerrada por la gloria,
 Despues de tres centurias de reposo,
 Se abre llena de brillo esplendoroso,
 Renovando de un héroe la memoria:

(*) De la señora doña Mercedes Marin de Solar.

La página primera de la historia
 Nos preconiza el nombre jeneroso,
 De Valdivia, que un pueblo venturoso,
 Sacó, cual oro puro, de la escoria.

Luchó contra el indómito araucano:
 Fundó siete ciudades florecientes,
 I les dió relijion, lei i cultura

Víctima de un arrojo sobrehumano,
 Es en Chile blason de los valientes,
 I el rayo precursor de su luz pura.

BIBLIOGRAFÍA. *Consideraciones sobre el gobierno representativo por Juan Sturd Mill.—Juicio crítico de esta obra por el miembro corresponsal de la Facultad de Humanidades, don José Joaquín de Mora.*

Sabido es por todos los aficionados a la lectura de buenos libros, que los ingleses poseen el secreto de las Revistas literarias. Es incalculable el servicio que hacen estas producciones a las ciencias i a las letras. En un siglo como el nuestro, es imposible que los hombres estudiosos i simplemente aficionados a la cultura intelectual, tengan bastante tiempo i dinero para adquirir i leer todo lo bueno que se imprime en los grandes focos de la industria tipográfica. La Revista salva estos inconvenientes, calificando los libros que ven por primera vez la luz pública, notando sus perfecciones i defectos, i suministrando de este modo suficientes datos para que el lector se decida, i emprenda o escuse su adquisición i lectura. En Lóndres solo, se publican seis o siete grandes Revistas trimestrales, i tres semanales, ademas de muchas colecciones llamados *Magazines*, que interpolan (estas últimas) juicios críticos, con ensayos, narraciones, i otras producciones pertenecientes a la literatura lijera. Cuando se pone en circulacion una obra mui notable, sea por su mérito, o por la celebridad de su autor, todas las Revistas i todos los *Magazines* la analizan i la juzgan, de tal manera, que el aficionado a este importante ramo del periodismo, puede formarse una idea completa del libro sin haberlo a las manos.

En este caso nos hallamos nosotros con respecto a las consideraciones que anunciamos. Sin haberlas leído, no solo conocemos las doctrinas que contienen, i el fin que el autor se propone, sino que tenemos a la vista mu-